

## Huérfanos de vida



"Que no hagan nada, que no paren nuestro mal inevitable, si no los perjudica a ellos" - parecía la premisa oculta que dirigía la última etapa de sus vidas en silencio, tediosas y rutinarias, como una misión sin fin, que pretendía llenar un ánfora sin fondo. Y lograr que se ignore el sufrimiento de los viejos, no resulta muy difícil a la hora de mirar hacia otra parte. Y los viejos se morían por su propia decisión. Y los médicos solo debían mirarlos. Cada uno es dueño de su propio cuerpo. La ley así lo establecía.

Y la desidia teñía de un color gris insípido a muchos de aquellos colores olvidados, con que se pintaron muchos ideales juveniles. Si los viejos se quieren morir ¿Por que oponerse a la derrota inevitable de la amarga vejez, sin un futuro palpable, sin esperanzas que broten de esas tierras mustias? Aunque nada puede doler tanto como ver marcharse sin luchar, a esos viejos enfermos, que caen como moscas sin destino, a la guardia del atareado hospital, era su decisión soberana y se les debía respetar. - *No me hagan nada, déjenme morir en paz* - alcanzaban a decir algunos. Y no costaba nada, cumplir a rajatabla esos deseos.

Algunos pedían que se luchase por ellos - los menos - y entonces los médicos, pretendían mantener con vida a esos siglos hechos de arrugas, pegoteados a una piel de pergamino y transformados en ecos vacíos del ayer. Y luchar contra lo que no se esta convencido de luchar, es el prelude seguro del fracaso. Enfrentarse día a día contra esas arrugas, dolores y pasados que se empeñan en vivir, suele terminar en derrota abominable. Cansarse, era el fruto amargo. Probarlo, casi una obligación. Se gane o pierda en esas lides sin sentido, contra la vejez siempre se pierde.

Angustias, ahogos y desesperación eran las tres hermanas del dolor, que a cada rato lo miraban con profunda desconfianza, como medico desarmado pero con muchas ganas. Él no se sentía en paz, pero debía aprender, debía cambiar.

- *Ocúpate, ocúpate sin que te digan que es lo que tenés que hacer* - le mataba y repiqueteaba una vocecita en su interior, reverberando como una voz paterna que lo culpabilizaba. Y esas hermanas de la muerte lo seguían mirando y él, no estaba muy seguro del no hacer - *Si no quieren que les hagamos nada a estos ancianos ¿para que los traen al hospital?*

Tolerar se transforma en cobardía, cuando llega ese momento en que el otro, avanza sin frenos, pisoteando nuestro yo. Cuando todo se destruye, las respuestas no interesan. Si quieren suicidarse, abandonarse a si mismos, solo basta que lo pidan y debe respetarse. Esa es la nueva ley, eso es lo sagrado. Pero él, como médico, nunca se había preparado para eso.

Debía decidirse y no podía. Ser aconsejado por el miedo es dejarse arrastrar por la ignorancia y la crueldad. La verdad se aleja en esos casos y no es exacta. Lo que el enfermo decida sobre si, es soberano... ¿Y por qué? ¿Para qué vienen entonces al hospital? ¿Acaso

para demostrarnos que pueden enfrentarnos y hacernos sentir muy mal?

Encontró doscientas siete formas de mirarlo al hospital. Se había imaginado salvando vidas, muchas vidas. Y no se imaginó de brazos cruzados, aguantando, viendo morir, a quienes llegaban hasta ese hospital, para pedirle una ayuda que en el fondo no querían. Y sentía mucha bronca de no haberse dado cuenta antes, que acaso se vive igual, simulando que se hace.

Estar en contacto de la gente es como estarlo de una rosa silvestre. A veces uno se desliza entre la suavidad de los pétalos de un éxito y otras, se lastima al tener que abrazarse a las inevitables espinas de su tallo. En el tiempo lento, gota a gota, en el que las horas de la guardia nunca pasan, su imaginación volaba, tratando de evadir la dura realidad del día a día.

- *No puedo amar y al mismo tiempo, ser inteligente* - se repetía en sus adentros, intentando justificar su oscura pasión por aquella enfermera madura y casada, que hacia rato se escapaba con él, jugueteando entre las sabanas y una habitación malsana. El néctar de sus curvas blandas lo mareaba, su canto de sirena madura lo impulsaba a repetir la experiencia del deleite, aunque solo le dejaba el vacío de saber que ella, era de otro. Y siempre era todo igual. Demasiado igual, de tan igual. Aunque al final, solo se excitaba con esa mujer madura. Ella era su unión con el pasado, pues ella le hablaba que había conocido a su madre verdadera, también una enfermera que lo dio en adopción.

Nunca pensó demasiado en su padre verdadero, el cual también había sido médico. Lo había visto pocas veces en su vida. Ni siquiera conocía cual geriátrico hoy, albergaba el presente marchito de las canas y orinales de su padre. Y generalmente cuando uno se despreocupa tanto de sus padres, no resulta extraño que tampoco importe demasiado el futuro de sus hijos. Ver alejarse hacia la eternidad a un padre, es tomar conciencia de la soledad fatal del ser humano en este mundo. Quizá por eso, un padre que se muere, sea un pedacito de Dios que se nos va. Pero no para todos. Y menos, para el que no lo conoció. O casi.

- *Quizá me he vuelto loco* - solía comentarle a su hijo, que estaba por recibirse también de médico y que más adelante, trabajaría en su mismo hospital - *Pero a veces lo veo a mi padre biológico viajando entre túneles y sueños, que le provocan un tremendo ardor en la boca de su estomago*. En el recóndito traspatio de su tenaz memoria, aun correteaban traviesas muchas ilusiones juveniles, rebeldes a toda realidad. Una, era que su padre jamás podía morir. Imposible. Imposible que muriese, porque jamás había existido. Por lo menos para él.

Ese día tomo la guardia como siempre. Al rato un enfermero pidió a gritos un médico y él, corrió hasta el enfermo. Era uno al cual la sangre roja le brotaba a borbotones y se le había amontonado en su garganta. Y ahora le costaba mucho respirar. Se ahogaba. Cáncer de esófago avanzado, decía una tarjeta al lado de la cama. Su cérea palidez preanunciaba el desenlace. Duro varios minutos, demasiados, hasta que se apagó. Solo dejó un grito. El

grito amargo de un hombre que se fue y nos deja en un invierno eterno, en el cual se respira perezoso un aire amargo. El aliento y el sonido se quedaron resonando, arrastrándose estériles, entre atardeceres y nubes sin sentido.

Se quedó mirando un largo rato aquel cuerpo vacío. Tan vacío como la triste cáscara tirada y sin sentido, de un alguien que se fue y que ya no era. Era conciente que no quiso hacerle nada. - *Tenía demasiada edad. Ya vivió. No tenía sentido gastar recursos en ese viejo desahuciado.*- Y se preparó para firmar los papeles de rigor. Pero no haberle realizado nada, le producía un escozor interno, una amargura tibia que volvía y volvía. Él no estaba acostumbrado a ese “no hacer”.

- *¿Te diste cuenta de quien era, no?* - la voz de la enfermera madura y casada, su amante que tanto le recordaba a su madre y que conocía su historia, lo trajo tironeando de la oreja, otra vez a la cruda realidad - *Ese hombre que recién se te murió, era el Doctor Martínez, tu padre...*

- *Pero... pero...no puede ser... ¡no hice nada por él! ¡Que horror! ¡Yo no soy así...! ¡Yo era su hijo y no lo reconocí...! ¡No hice nada por él!*

- *No te preocupes, es el maldito destino. Aunque no lo creas, él tampoco hizo nada cuando se le murió su padre. Su padre se murió en este mismo hospital, un día en que él, también estaba de guardia como médico.*

Fin  
Fin